Hay oraciones que nacen de una necesidad humana: pedir ayuda, implorar perdón, encontrar consuelo o dar gracias. Y hay otras que nos conducen directamente al corazón de la adoración: nos invitan a levantar la mirada hacia Dios y reconocer su infinita santidad.

Entre estas últimas ocupa un lugar especial el Trisagio, una de las expresiones más antiguas y solemnes de la alabanza cristiana.

Su nombre procede del griego triságion, que significa literalmente «tres veces santo». En unas pocas palabras concentra una de las verdades fundamentales de nuestra fe: Dios es infinitamente santo, y su gloria merece ser proclamada sin descanso.

«Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten misericordia de nosotros».

Esta breve invocación, repetida durante siglos por generaciones de cristianos, no es simplemente una fórmula piadosa. Es una oración profundamente arraigada en la Sagrada Escritura, vinculada a la liturgia de Oriente y Occidente y estrechamente relacionada con el misterio de la Santísima Trinidad.

Pero ¿de dónde procede el Trisagio? ¿Por qué se repite tres veces? ¿Qué relación tiene con los ángeles, con el profeta Isaías y con la liturgia de la Iglesia? ¿Y cómo podemos incorporarlo a nuestra vida espiritual?

Para comprender su verdadera riqueza, debemos acercarnos a sus raíces bíblicas, históricas y teológicas.

1. ¿Qué es exactamente el Trisagio?

La palabra Trisagio procede del griego triságion: tris significa tres y hágios, santo. Su significado es, por tanto, «tres veces santo».

En la tradición litúrgica cristiana, el término designa especialmente esta antigua invocación:

Sanctus Deus, Sanctus Fortis, Sanctus Immortalis, miserere nobis.

En español:

Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten misericordia de nosotros.

La oración se dirige a Dios y une dos movimientos espirituales inseparables:

- La adoración: reconoce la santidad, la fortaleza y la inmortalidad de Dios.
- La súplica: implora su misericordia ante nuestra pequeñez, fragilidad y condición pecadora.

No estamos ante una oración que pretenda informar a Dios de quién es. Dios no necesita que le recordemos sus atributos. Somos nosotros quienes necesitamos proclamar su grandeza para ordenar nuestro corazón, reconocer nuestra dependencia de Él y aprender a vivir en su presencia.

El Trisagio nos enseña precisamente eso: antes de pedir cualquier cosa, debemos reconocer quién es Aquel a quien nos dirigimos.

Conviene aclarar que la palabra Trisagio puede emplearse en diferentes contextos. Existe el Trisagio litúrgico, especialmente conocido en las Iglesias orientales, y existe también el Trisagio seráfico, una forma de devoción trinitaria difundida en la espiritualidad católica. Ambos están relacionados con la proclamación de la triple santidad divina, pero no deben confundirse como si fueran exactamente la misma composición.

Esta distinción nos permitirá comprender mejor su historia.

2. Su origen bíblico: la visión de los serafines ante el trono de Dios

Para encontrar las raíces espirituales del Trisagio debemos acudir al libro del profeta Isaías.

En el capítulo sexto encontramos una de las visiones más impresionantes de toda la Sagrada Escritura.

Isaías contempla al Señor sentado en un trono elevado y excelso. A su alrededor aparecen los serafines, criaturas celestiales que permanecen en actitud de adoración ante la majestad divina.

El profeta describe así lo que escucha:

> *«Santo, santo, santo, el Señor del universo, llena está toda la tierra de su gloria» (Isaías 6,3).*

Esta proclamación constituye uno de los fundamentos bíblicos más importantes de la espiritualidad del Trisagio.

Los serafines no pronuncian una sola vez la palabra santo, sino tres. La repetición expresa la plenitud de la santidad divina y la intensidad de una adoración que no conoce cansancio.

No se trata de una simple repetición retórica. La triple proclamación manifiesta que la santidad de Dios supera todo cuanto podemos imaginar.

El término «serafín» procede del hebreo y está relacionado con la idea de arder. En la tradición cristiana, los serafines han sido contemplados como espíritus celestiales caracterizados por el ardor de su amor y su cercanía contemplativa a Dios.

La visión de Isaías nos presenta así una realidad fundamental: la adoración no es una invención humana, sino una realidad que tiene su origen en el cielo.

La Iglesia, cuando alaba a Dios, no hace otra cosa que unirse espiritualmente a esa liturgia celestial.

El eco de la visión de Isaías en el Apocalipsis

La triple proclamación de la santidad divina vuelve a aparecer en el último libro de la Biblia.

San Juan, en el Apocalipsis, contempla una visión del trono celestial y de los seres vivientes que rodean a Dios:

> *«Santo, santo, santo es el Señor Dios, el Todopoderoso, el que era, el que es y el que ha de venir» (Apocalipsis 4,8).*

La semejanza con Isaías es evidente.

En ambos pasajes encontramos una adoración celestial que proclama la santidad de Dios mediante la repetición triple.

Además, el Apocalipsis introduce una dimensión temporal extraordinaria: Dios es el que era, el que es y el que ha de venir.

Su existencia no depende del tiempo. No está sometido al cambio, al envejecimiento ni a la desaparición.

Dios es eterno, y su santidad permanece para siempre.

Estas dos visiones bíblicas constituyen el trasfondo espiritual de la tradición cristiana del Trisagio.

3. El Trisagio en la tradición litúrgica de la Iglesia

La invocación «Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal» adquirió una importancia extraordinaria en la tradición litúrgica cristiana, especialmente en Oriente.

Su antigüedad es considerable. Aunque no podemos establecer con absoluta certeza el momento exacto de su composición, existen testimonios de su utilización en la Iglesia antigua.

La fórmula aparece vinculada a la tradición litúrgica de Constantinopla y se encuentra documentada en el contexto de las controversias cristológicas del siglo V.

Es importante distinguir aquí entre lo que conocemos históricamente y lo que pertenece a la tradición legendaria.

La tradición del terremoto de Constantinopla

Una antigua narración eclesiástica relaciona la aparición del Trisagio con un terremoto ocurrido en Constantinopla durante el siglo V, en tiempos del patriarca san Proclo (434-446).

Según este relato, mientras la población, el emperador y el patriarca imploraban la protección divina ante los temblores, un niño habría sido elevado milagrosamente hacia el cielo. Al regresar, habría comunicado que había escuchado a los ángeles cantar:

«Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal».

El pueblo habría repetido entonces la invocación y, según la narración, el terremoto habría cesado.

La historia es conocida y ha sido transmitida por diversas fuentes eclesiásticas antiguas. Sin embargo, no debe presentarse como un acontecimiento históricamente demostrado. La

propia Catholic Encyclopedia advierte de la escasa verosimilitud de determinados elementos de este relato y señala que el himno probablemente es anterior al acontecimiento al que se atribuye su origen. Nuevo Adviento+1

Lo verdaderamente importante es que el Trisagio ya pertenecía a la tradición cristiana antigua y que su utilización se extendió ampliamente por las Iglesias orientales.

Una oración fundamental en la liturgia oriental

En las tradiciones litúrgicas bizantinas, el Trisagio ocupa un lugar especialmente destacado.

Se canta durante la Divina Liturgia, en el contexto de la procesión de entrada del Evangelio, y también aparece en otras celebraciones y oficios litúrgicos.

Su presencia no es meramente ornamental. Constituye una proclamación solemne de la santidad de Dios antes de escuchar su Palabra.

La Iglesia terrena se une así a la alabanza celestial. Los fieles no son simples espectadores de una ceremonia, sino miembros de una comunidad que está llamada a participar en la adoración de Dios.

Esta dimensión es particularmente hermosa: cuando un cristiano canta el Trisagio, está utilizando una oración que ha acompañado durante siglos la fe y la liturgia de numerosos pueblos cristianos.

La tradición oriental conserva, además, una extraordinaria riqueza musical en la interpretación de este himno, cuyas melodías transmiten solemnidad, recogimiento y espíritu de adoración.

4. El Trisagio en la liturgia romana: el Viernes Santo

Aunque el Trisagio está especialmente asociado a las Iglesias orientales, también encontramos su presencia en la tradición litúrgica latina.

Uno de los momentos más significativos es la celebración de la Pasión del Señor del Viernes Santo.

Durante la adoración de la Santa Cruz, en el rito romano tradicional, se cantan los llamados Improperios, también conocidos como los Reproches.

En ellos, la Iglesia presenta las palabras con las que Cristo parece dirigirse a su pueblo, recordándole los beneficios recibidos de Dios y contraponiéndolos a la ingratitud manifestada en su Pasión.

En este contexto se intercala el Trisagio, cantado alternativamente en griego y en latín.

La forma griega dice:

Ágios o Theós, Ágios Ischyrós, Ágios Athánatos, eléison imás.

Y su correspondiente versión latina:

Sanctus Deus, Sanctus Fortis, Sanctus Immortalis, miserere nobis.

En español:

Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten misericordia de nosotros.

Esta alternancia entre griego y latín es una de las particularidades más hermosas de este canto.

No estamos ante dos oraciones diferentes, sino ante una misma súplica proclamada en dos lenguas que han tenido una importancia fundamental en la historia de la liturgia cristiana.

En el rito tradicional, el Trisagio se intercala con los Reproches y se repite a lo largo de esta parte de la celebración. Nuevo Adviento+1

Una precisión litúrgica importante: el Trisagio no es el Sanctus de la Misa

Es relativamente frecuente confundir el Trisagio con el Sanctus que se canta en la Santa Misa.

Aunque ambos están relacionados con la triple proclamación de la santidad divina, no son exactamente el mismo himno.

El Sanctus de la Misa procede directamente de la proclamación de Isaías 6,3:

«Santo, Santo, Santo es el Señor Dios del universo».

En cambio, el Trisagio litúrgico incorpora los atributos «Dios», «Fuerte» e «Inmortal»,

seguidos de una súplica de misericordia.

Por tanto, podemos distinguir:

- El Sanctus: himno de alabanza que proclama la santidad de Dios y forma parte de la liturgia eucarística.
- El Trisagio: invocación que proclama la santidad, la fortaleza y la inmortalidad divinas, implorando misericordia.
- El Trisagio seráfico: forma devocional trinitaria que desarrolla la alabanza de Dios tomando como referencia la triple proclamación de Isaías.

Esta distinción permite comprender mejor la riqueza de la tradición litúrgica sin confundir composiciones que, aunque relacionadas, poseen estructuras y funciones diferentes.

5. El misterio de la Santísima Trinidad: ¿por qué tres veces Santo?

Llegamos ahora al aspecto teológico más profundo del Trisagio.

La repetición triple de la palabra «Santo» ha sido contemplada tradicionalmente en relación con el misterio de la Santísima Trinidad.

El cristianismo no cree en tres dioses, sino en un solo Dios en tres Personas realmente distintas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Así lo enseña claramente el Catecismo de la Iglesia Católica:

> *«La Trinidad es una. No confesamos tres dioses sino un solo Dios en tres personas». (CEC, 253).*

La triple proclamación de la santidad divina nos invita, por tanto, a contemplar el misterio del Dios uno y trino.

No obstante, conviene realizar una precisión teológica: el texto de Isaías no contiene una explicación explícita de las tres Personas divinas. Su interpretación trinitaria pertenece a la lectura cristiana de la Escritura a la luz de la revelación plena realizada por Jesucristo.

La Iglesia reconoce en el conjunto de la Revelación la manifestación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La triple santidad constituye así una expresión particularmente apropiada de la fe trinitaria, aunque no deba interpretarse como si cada una de las tres palabras «Santo» correspondiera exclusivamente a una Persona divina.

Un solo Dios, tres Personas

El misterio de la Trinidad no significa que el Padre sea un tercio de Dios, el Hijo otro tercio y el Espíritu Santo el último tercio.

Tampoco significa que existan tres manifestaciones sucesivas de una misma Persona.

La doctrina católica enseña que cada Persona divina es plenamente Dios, porque las tres poseen una única e indivisible naturaleza divina.

El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios. Sin embargo, no son tres dioses, sino un solo Dios.

El Catecismo desarrolla esta enseñanza en los números 253-255, explicando tanto la unidad de la naturaleza divina como la distinción real de las Personas. Vaticano+1

Cuando rezamos el Trisagio, nuestra adoración se dirige al único Dios verdadero.

No estamos dividiendo su divinidad ni distribuyendo sus atributos entre las Personas.

Estamos proclamando que Dios es santo, fuerte e inmortal en la plenitud de su único ser divino.

La santidad: el atributo que expresa la absoluta perfección de Dios

¿Qué significa realmente que Dios es santo?

En el lenguaje bíblico, la santidad divina expresa la absoluta trascendencia, perfección y pureza de Dios.

Dios no es simplemente el ser más bueno de todos los seres, ni una criatura extraordinariamente perfecta.

Dios es la fuente de toda santidad, el Bien absoluto y el fundamento de toda perfección.

Todo cuanto existe recibe de Él su existencia. Todo cuanto es bueno participa de su bondad.

Por eso, cuando Isaías escucha a los serafines proclamar la triple santidad, contempla una realidad que supera radicalmente la condición humana.

La criatura no puede compararse con el Creador.

Y, sin embargo, Dios ha querido acercarse al hombre, llamarlo a la santidad y hacerlo partícipe de su vida divina mediante la gracia.

Aquí encontramos una de las grandes paradojas del cristianismo: el Dios infinitamente santo no permanece indiferente ante la miseria humana, sino que sale a nuestro encuentro para salvarnos.

6. Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal: significado de cada invocación

Cada una de las tres expresiones del Trisagio contiene una profunda enseñanza espiritual.

No son simples adjetivos colocados uno detrás de otro. Cada uno nos ayuda a contemplar una dimensión de la grandeza divina.

Santo Dios

La primera invocación proclama que Dios es absolutamente santo.

Su santidad no depende de ninguna criatura, no puede aumentar ni disminuir y no está sometida a las circunstancias de la historia.

El hombre puede ser santo porque participa de la gracia divina. Dios, en cambio, es santo por naturaleza.

Esta primera proclamación nos recuerda que toda verdadera espiritualidad debe comenzar por reconocer la absoluta primacía de Dios.

En una cultura que con frecuencia convierte al hombre en medida de todas las cosas, el Trisagio nos devuelve a la perspectiva correcta: no es Dios quien debe adaptarse a nuestros

deseos, sino nosotros quienes debemos ordenar nuestra vida conforme a su voluntad.

Santo Fuerte

La segunda invocación reconoce el poder infinito de Dios.

La fortaleza divina no debe confundirse con la fuerza humana, que puede manifestarse mediante la violencia, la dominación o la imposición.

Dios es todopoderoso porque nada puede limitar su poder y porque todo cuanto existe depende de Él.

La Sagrada Escritura proclama:

> *«Para Dios nada hay imposible» (Lucas 1,37).*

Estas palabras aparecen en el anuncio del nacimiento de Jesús, cuando el ángel Gabriel explica a María que Isabel, a pesar de su avanzada edad, también ha concebido un hijo.

El contexto nos muestra que el poder de Dios se manifiesta en la realización de sus promesas y en su acción salvadora.

Para el cristiano, proclamar «Santo Fuerte» significa recordar que ninguna dificultad, persecución o sufrimiento tiene la última palabra sobre la historia.

Dios no promete que sus hijos estarán libres de toda tribulación, pero sí que su gracia puede sostenerlos en medio de ella.

Santo Inmortal

La tercera invocación contempla la eternidad de Dios.

Todo cuanto pertenece al mundo creado está sometido al cambio. Nacen los hombres, envejecen, mueren y desaparecen las generaciones.

También cambian las civilizaciones, las instituciones y las estructuras humanas.

Dios, sin embargo, no está sometido a la muerte ni al paso del tiempo.

La Escritura proclama:

> *«Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin» (Apocalipsis 22,13).*

Dios es eterno. No tiene principio ni tendrá fin.

Su existencia no depende de nada ni de nadie.

Para nosotros, esta verdad tiene una consecuencia espiritual extraordinaria: podemos confiar nuestra vida a Aquel que nunca cambia y cuya fidelidad permanece para siempre.

Ten misericordia de nosotros

La última parte de la invocación introduce una súplica que transforma la proclamación de los atributos divinos en una oración profundamente personal.

Después de reconocer quién es Dios, el hombre se presenta ante Él con su pobreza.

No acudimos al Trisagio como quienes se consideran merecedores de la misericordia divina, sino como pecadores que necesitan su perdón.

La santidad de Dios no es una amenaza para quien se acerca con corazón contrito. Es precisamente la razón por la que podemos confiar en su misericordia.

Como enseña el salmista:

> *«El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad» (Salmo 145,8).*

El Trisagio nos recuerda que la adoración auténtica nunca está separada de la humildad.

Cuanto más reconocemos la grandeza de Dios, más conscientes somos de nuestra necesidad de Él.

7. El Trisagio seráfico: una devoción católica en honor de la Santísima Trinidad

Además del himno litúrgico que hemos estudiado, existe una forma de devoción conocida como Trisagio seráfico o Trisagio angélico, especialmente vinculada a la alabanza de la Santísima Trinidad.

Su espiritualidad se inspira en la visión de Isaías y en la adoración de los seres celestiales descrita en el Apocalipsis.

La expresión «seráfico» hace referencia a los serafines, aquellos espíritus celestiales que proclaman incesantemente la santidad de Dios.

Esta devoción desarrolla la alabanza trinitaria mediante invocaciones, oraciones y meditaciones sobre los atributos divinos.

No debe confundirse con una fórmula litúrgica universal ni con una oración de estructura única e invariable. A lo largo de la historia han circulado diferentes versiones y formas de rezarlo.

San Antonio María Claret y la difusión del Trisagio

En España, una figura especialmente importante para la difusión de esta devoción fue san Antonio María Claret (1807-1870), arzobispo y fundador de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María.

Su interés por la alabanza de la Santísima Trinidad quedó reflejado en diversos escritos y publicaciones.

Un estudio histórico-biográfico publicado por los Misioneros Claretianos documenta que en 1848 se editó un Trisagi a instancias de devotos de la Santísima Trinidad. Posteriormente, Claret publicó en Vich, en 1856, una obra titulada Origen del Trisagio, de 64 páginas, destinada a explicar y difundir esta devoción.

La obra incluía una parte dedicada a reflexiones en forma de novena, relacionada con los nueve coros angélicos, y otra que exponía el fundamento bíblico y la difusión histórica de esta oración. claretianos.es+1

Este dato resulta interesante porque demuestra que el Trisagio no fue únicamente una

oración conservada en los libros litúrgicos orientales, sino que también encontró un lugar importante en la espiritualidad popular católica española.

Claret comprendió que la formación cristiana no debía limitarse a transmitir conocimientos religiosos: era necesario enseñar a los fieles a amar, conocer y alabar a Dios.

En una carta pastoral de 1853 exhortaba a los fieles a adorar el misterio de la Santísima Trinidad y a alabar continuamente a Dios, entre otras formas, mediante el rezo del Trisagio. claretianos.es

Esta insistencia revela una dimensión esencial de su espiritualidad: el cristiano no debe acercarse a Dios solamente para pedirle cosas, sino también para reconocer su gloria y alabarlo por lo que es.

¿Por qué se relaciona con los nueve coros angélicos?

La tradición cristiana ha desarrollado una reflexión sobre los distintos coros de los ángeles, especialmente a partir de las referencias bíblicas a los serafines, querubines, tronos, dominaciones, virtudes, potestades, principados, arcángeles y ángeles.

Una exposición clásica de esta jerarquía se encuentra en el tratado La jerarquía celeste, atribuido a Dionisio Areopagita, autor cristiano de finales del siglo V o comienzos del VI, conocido tradicionalmente como el Pseudo-Dionisio.

Su clasificación distingue tres jerarquías, cada una integrada por tres órdenes.

Esta tradición influyó profundamente en la teología medieval y en la espiritualidad cristiana.

Sin embargo, debemos distinguir entre lo que afirma expresamente la Escritura y el desarrollo teológico posterior. La Biblia menciona diferentes categorías de seres celestiales, pero no ofrece en un único pasaje una clasificación sistemática y completa de los nueve coros.

La devoción del Trisagio seráfico utiliza esta tradición para invitar al cristiano a unirse espiritualmente a la alabanza de los ángeles.

No pretende que el hombre imite de manera material su naturaleza, sino que aprenda de ellos la disposición fundamental de toda criatura ante Dios: adorar, servir y glorificar al Creador.

8. ¿Cómo se puede rezar el Trisagio?

El Trisagio puede incorporarse a la oración personal y familiar de una manera sencilla, respetuosa y profundamente espiritual.

No es necesario disponer de grandes conocimientos teológicos ni de una preparación especial. Basta con acercarse a Dios con fe, humildad y recogimiento.

La invocación fundamental puede rezarse así:

En latín:

Sanctus Deus, Sanctus Fortis, Sanctus Immortalis, miserere nobis.

En español:

Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten misericordia de nosotros.

Puede repetirse tres veces, acompañándola de una breve meditación sobre la santidad, el poder y la eternidad de Dios.

Una manera sencilla de hacerlo en la oración personal es la siguiente:

1. Comenzar haciendo la señal de la Santa Cruz, invocando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.
2. Guardar unos instantes de silencio, poniendo el corazón en presencia de Dios.
3. Recitar lentamente el Trisagio, procurando comprender cada una de sus invocaciones.
4. Repetir la oración y ofrecer a Dios una intención particular: la conversión de los pecadores, la perseverancia de la familia, la santificación de los sacerdotes o las necesidades de la Iglesia.
5. Terminar con una doxología trinitaria: «Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén».

Esta propuesta es una forma sencilla de oración personal, no una rúbrica litúrgica obligatoria ni una fórmula oficial única del Trisagio.

El Trisagio en la familia

Una de las aplicaciones más hermosas de esta oración consiste en recuperarla dentro de la

vida familiar.

En un hogar cristiano, donde tantas veces se acumulan preocupaciones, cansancio, dificultades económicas y problemas cotidianos, dedicar unos minutos a la adoración de Dios puede convertirse en una fuente de unidad espiritual.

Los padres pueden enseñar a los hijos el significado de sus tres invocaciones:

- Dios es santo: debemos procurar vivir en gracia y apartarnos del pecado.
- Dios es fuerte: podemos confiar en Él cuando llegan las dificultades.
- Dios es inmortal: nuestra esperanza no termina en esta vida.

De esta manera, los niños no aprenden solamente una oración de memoria, sino que comienzan a comprender quién es Dios y qué significa vivir bajo su mirada.

La oración familiar no tiene que ser complicada para ser fecunda. A veces, unos minutos de recogimiento compartido pueden enseñar más que muchas palabras.

9. El Trisagio y la vida espiritual del católico de hoy

Podríamos preguntarnos qué sentido tiene recuperar una oración tan antigua en una sociedad marcada por la velocidad, el ruido, las distracciones y la pérdida de sensibilidad hacia lo sagrado.

La respuesta es sencilla: precisamente porque necesitamos recuperar el sentido de Dios.

Vivimos en una época en la que muchas personas se acercan a la religión principalmente para buscar bienestar emocional, tranquilidad o soluciones a sus problemas.

No hay nada malo en pedir ayuda a Dios. Nuestro Señor Jesucristo mismo nos enseñó a presentar nuestras necesidades al Padre.

Sin embargo, la vida cristiana no puede reducirse a una sucesión de peticiones.

Dios no es un instrumento para alcanzar nuestros objetivos personales. Es nuestro Creador, nuestro Señor y nuestro fin último.

El Trisagio nos ayuda a recuperar esta perspectiva.

Aprender a adorar en una sociedad que ha olvidado la adoración

La adoración es una actitud fundamental de la religión.

Significa reconocer que Dios es Dios y que nosotros somos criaturas dependientes de Él.

Esta verdad puede resultar incómoda para una mentalidad profundamente individualista, que considera la autonomía personal como el valor supremo.

Sin embargo, reconocer nuestra dependencia de Dios no nos degrada. Al contrario, nos sitúa en la verdad de nuestra existencia.

El hombre no se ha dado a sí mismo la vida, no es dueño absoluto del universo ni puede garantizar su propia eternidad.

Cuando rezamos el Trisagio, aceptamos humildemente esta realidad.

La santidad de Dios nos llama a la conversión

No podemos proclamar sinceramente la santidad de Dios mientras vivimos deliberadamente de espaldas a sus mandamientos.

El Trisagio debe convertirse también en una llamada a la conversión.

Si Dios es santo, estamos llamados a abandonar el pecado y a buscar una vida conforme al Evangelio.

San Pedro recoge esta exigencia de la santidad cristiana cuando escribe:

> *«Así como el que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra conducta» (1 Pedro 1,15).*

La santidad no es una aspiración reservada a unos pocos religiosos o personas extraordinarias.

Es una vocación universal que alcanza a todos los bautizados.

El padre de familia está llamado a santificarse mediante sus responsabilidades, su fidelidad

matrimonial y su entrega a los suyos. El trabajador, mediante la honestidad y la justicia. El sacerdote, mediante la fidelidad a su ministerio. El joven, mediante la pureza, la formación y la búsqueda sincera de la verdad.

La verdadera devoción no nos aleja de nuestras obligaciones cotidianas: nos ayuda a cumplirlas santamente.

La adoración nos enseña a confiar

La invocación «Santo Fuerte» tiene una particular importancia para quienes atraviesan momentos difíciles.

Cuando las circunstancias parecen superar nuestras capacidades, necesitamos recordar que nuestra esperanza no depende exclusivamente de nuestras fuerzas.

La omnipotencia de Dios no significa que obtendremos automáticamente todo aquello que deseamos, sino que su voluntad es soberana y que su providencia nunca deja de actuar.

El cristiano puede sufrir, experimentar incertidumbre e incluso atravesar momentos de oscuridad espiritual sin perder la confianza en Dios.

La oración no siempre cambia inmediatamente las circunstancias, pero nos ayuda a afrontarlas desde la fe.

La eternidad debe orientar nuestra existencia

Finalmente, «Santo Inmortal» nos invita a recuperar la perspectiva de la eternidad.

Una de las grandes tentaciones de nuestro tiempo consiste en vivir como si la existencia terrena fuera nuestro único horizonte.

Nos preocupamos por el bienestar, el éxito, la comodidad y la seguridad material, olvidando que nuestra vida está llamada a algo infinitamente mayor.

Cristo ha venido para abrirnos las puertas de la vida eterna.

El Trisagio nos recuerda que nuestro destino último no está en las cosas pasajeras, sino en Dios.

Esta conciencia no debe producir desprecio por el mundo ni indiferencia ante las necesidades

humanas. Debe ayudarnos a vivir correctamente en él, sin convertir los bienes temporales en nuestros ídolos.

10. El Trisagio como escuela de humildad y contemplación

Hay una enseñanza espiritual especialmente importante que podemos extraer de esta antigua oración: para aprender a vivir cristianamente, primero debemos aprender a mirar a Dios.

El hombre contemporáneo dedica mucho tiempo a mirarse a sí mismo, analizar sus emociones, defender sus intereses y buscar reconocimiento.

La oración cristiana, sin embargo, nos invita a salir de ese encierro.

Cuando proclamamos la santidad de Dios, dejamos de ocupar el centro de nuestra propia existencia.

No somos nosotros quienes determinamos qué es bueno y qué es malo según nuestras preferencias. No somos nosotros quienes establecemos la verdad. No somos nosotros quienes decidimos qué merece adoración.

Dios es el centro.

Esta actitud de adoración nos conduce a la humildad, pero también a una profunda libertad interior.

Quien reconoce a Dios como Señor deja de necesitar convertir todas las cosas en instrumentos de su propia satisfacción.

Puede aceptar sus limitaciones, pedir perdón, corregir sus errores y comenzar de nuevo.

También aprende a mirar a los demás con mayor caridad, porque reconoce que todos somos criaturas de Dios y que estamos llamados a participar de su santidad.

La adoración auténtica, por tanto, nunca debe convertirse en una práctica aislada de la caridad.

No tendría sentido proclamar la santidad divina y despreciar al prójimo, cantar la misericordia de Dios y negarnos a perdonar, o alabar al Creador mientras vivimos instalados en la injusticia.

El Trisagio debe ayudarnos a transformar nuestra vida.

11. Una oración que une la Iglesia de la tierra con la liturgia del cielo

Existe una última dimensión del Trisagio que merece nuestra atención.

Cuando la Iglesia canta «Santo, Santo, Santo», no está realizando únicamente un acto de devoción humana. Está expresando una de las verdades más hermosas de la liturgia cristiana: la oración de la Iglesia participa de la alabanza celestial.

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña que la liturgia es obra de la Santísima Trinidad y que, mediante ella, la Iglesia bendice al Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo (CEC, 1077-1083).

Esta enseñanza nos permite comprender mejor la relación entre la adoración terrena y la celestial.

En la Santa Misa, los fieles se unen a la alabanza de los ángeles y de los santos. No estamos ante una simple representación simbólica, sino ante la participación de la Iglesia peregrina en la liturgia celestial.

Por eso, el Sanctus de la Misa tiene una profundidad extraordinaria: cuando el sacerdote y los fieles proclaman la santidad de Dios, sus voces se unen espiritualmente a la alabanza que la Sagrada Escritura describe en Isaías y en el Apocalipsis.

El Trisagio pertenece a esta misma tradición de adoración.

Su presencia en las liturgias orientales, su utilización en el Viernes Santo romano y su difusión en la espiritualidad popular nos muestran cómo una misma verdad de fe puede expresarse mediante diferentes formas de oración.

La Iglesia, a través de los siglos, ha conservado esta proclamación de la santidad divina como un tesoro de su patrimonio espiritual.

Conclusión: que nuestra vida entera se convierta en un

Trisagio

El Trisagio es mucho más que una oración antigua que merece ser conservada por su valor histórico.

Es una invitación a recuperar el sentido de la adoración, a contemplar la grandeza de Dios y a comprender que toda nuestra existencia debe estar orientada hacia Él.

Cuando decimos «Santo Dios», reconocemos que Él es el origen y el fin de todo cuanto existe.

Cuando decimos «Santo Fuerte», ponemos nuestra confianza en su omnipotencia y en su providencia.

Cuando decimos «Santo Inmortal», levantamos nuestra mirada hacia la eternidad y recordamos que nuestra verdadera esperanza está en la vida que Cristo nos ha prometido.

Y cuando suplicamos «ten misericordia de nosotros», reconocemos nuestra condición de criaturas necesitadas de perdón, de gracia y de salvación.

En un mundo que tantas veces olvida a Dios, recuperar esta oración es también recuperar el orden fundamental de la vida cristiana: Dios primero, Dios en el centro y Dios como destino último de nuestra existencia.

No basta con pronunciar tres veces la palabra «Santo». Debemos procurar que nuestras obras, nuestras palabras, nuestras decisiones y nuestros pensamientos sean cada vez más dignos de Aquel a quien adoramos.

Que aprendamos de los serafines a alabar sin cansancio, de los santos a vivir en fidelidad y de Jesucristo a ofrecer nuestra vida al Padre.

Y que, cuando nuestras fuerzas falten, podamos volver a esta antigua invocación, sencilla y profunda, que ha acompañado durante siglos la oración de la Iglesia:

Sanctus Deus, Sanctus Fortis, Sanctus Immortalis, miserere nobis.

Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten misericordia de nosotros.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Fuentes y referencias para profundizar

- Sagrada Escritura: Isaías 6,1-7; Apocalipsis 4,1-11; Lucas 1,26-38; 1 Pedro 1,13-16.
- Catecismo de la Iglesia Católica: números 232-255 (el misterio de la Santísima Trinidad) y 1077-1083 (la liturgia, obra de la Santísima Trinidad).
- San Antonio María Claret: Origen del Trisagio (Vich, 1856).
- Dionisio Areopagita (Pseudo-Dionisio): La jerarquía celeste.
- Catholic Encyclopedia: voz «Agios O Theos», sobre el Trisagio y su presencia en la liturgia romana del Viernes Santo.

Una última reflexión: La oración más perfecta no es necesariamente la que contiene más palabras, sino aquella que nos ayuda a reconocer quién es Dios y a entregarle verdaderamente nuestra vida. El Trisagio nos enseña a comenzar por lo esencial: adorar a Dios por su infinita santidad.